

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 25 DE DICIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.624

## LA MODERNIDAD DEL ARCAISMO LAS ÚLTIMAS OBRAS DE BOURDELLE

El arcaísmo, por su esencia misma, es, en todas las artes, el estilo más sano y más sincero. La torpeza natural de su primitivismo es, sin duda alguna, la fuente misma de la naturalidad del arte, de su razón de ser, y entre una obra arcaica—fresco o relieve—y un cuadro o una estatua hechas con arreglo a cánones de academia, hay toda la distancia, y hasta diremos que toda la incompatibilidad, que separa un gesto libre y espontáneo de una actitud teatral.

En este sentido, puede afirmarse que toda obra de arte fuerte y bella tiene algo de arcaico en la libertad de su fuerza y de su belleza; ahora que esta nota salvaje—hiperestesia de un Greco, pasión de una catedral o exasperación de un Gauguin—es siempre involuntaria, es decir, nacida de ella misma, sin esfuerzo que la hiciese hacer; y todo esfuerzo hecho con intención de crearla, la anula y la deshace. Desde que Rodin, encontrando en la simplificación y la exageración razonada de las partes de una escultura su ritmo natural, enseñó lo que la escultura debe racionalmente ser en su unidad, y dijo cuál es la idea—olvidada desde Miguel Angel—que debe presidir a su totalidad, todos los escultores se han vuelto hacia el arcaísmo como hacia el mejor guía de su inspiración. Arcaísmo egipcio o arcaísmo asirio, relieves indios de Ajanta o figuras *Khmer-cambodgianas*, son éstos los maestros hoy día de todos los que adoran en Rodin y reverencian a Mestrovic.

Pero muchos de estos artistas de hoy, pretendiendo borrar de un golpe toda la ciencia y todo el oficio adquiridos, sólo consiguen ser amanerados. La ignorancia no se puede aprender. Y la sencillez, y hasta la simplificación, que nada tienen que ver con la ignorancia, no siendo la ingenuidad suprema—hoy ya imposible—, han de ser forzosamente la ciencia suprema. Tan suprema, que se sepa suprimir ella misma. Y, contrariamente a la complejidad fatigosa de los pseudo-primitivos, esta sencillez consciente nos da la única serenidad verdaderamente natural y fuerte: la claridad que sabe, de un Maillol o de un Bourdelle.

Los dos, cada uno por una ruta distinta, personal y originalmente definida, son los verdaderos continuadores de Rodin, muy unidos a él y muy separados. Son sus discípulos, no en el sentido estrecho de aprendizaje, sino en el más amplio y personal de adhesión a un mismo ideal. Rodin primero, y Maillol y Bourdelle después, han visto lo mismo la piedra.

Rodin fué el iniciador, del mismo modo que lo es para toda la estatuaría que venga después de él, y que necesariamente tendrá que remontar a su obra, así como toda la pintura florentina nació de Cimabue. Pero ni en Maillol ni en Bourdelle ha habido servilismo, y la diversidad de sus producciones es prueba evidente de su personalidad.

De los dos, el más arcaico es seguramente Bourdelle. De la teoría de Miguel Angel, resucitada por el maestro de las «Puertas del Infierno» (échese a rodar la estatua por la pendiente de la colina;

todo lo que se rompe, sobra), Bourdelle se remonta directamente a las fuentes iniciales de la escultura griega; es decir, de nuestra visión de la forma humana. La admirable *Ibera de Samos* es la madre de toda su obra, y la palpitación, el

estremecer de nervios que el autor de la *Ibera*, sostenido por el equilibrio de su época, no pudo poner en ella, Bourdelle, artista muy de su tiempo, lo da entero en su sinceridad; pero, dominándolo, lo hace recogido y silencioso.



RODIN TRABAJANDO EN SU «PUERTA DEL INFIERNO».—BRONCE DE BOURDELLE

Ninguna obra de Bourdelle intenta salirse de su tiempo ni olvidarse de lo que su tiempo le impone; sabe que de él depende por encima de todas las afinidades, lo admite y lo dice con la fuerza y la sinceridad de los que no necesitan buscar apoyo fuera de sí mismos. Su producción, siendo de primera intención arcaica, no tiende al arcaísmo, ni finge la serenidad. Y, sin embargo, su modernismo protégese tras su meditación, su serenidad, su equilibrio y su armonía.

La impresión dominante en estas esculturas, es la de hermetismo, de un hermetismo voluntario, que no quiere, en la certidumbre de su idea, ni esparcirse ni gesticular. Todas ellas guardan en sí todo su valor, muy contra sus formas y muy dentro de ellas, sin perder nada de él en lo transitorio ni en lo superficial. Son estatuas de silencio, de pausas largas; estatuas no profundas (eso sería contrario a la libertad de su impulso), pero sí de profundidad, de interior fuerte y meditado. Sus gestos no se proyectan hacia afuera, sino que parecen recoger en su interior la vida que los anima, dejándola traslucir únicamente en vibraciones apenas sensibles, en el equilibrio que recorre todas sus partes con inquebrantable certidumbre e inmutable tranquilidad. Estatuas que no se abren ante el espectador ni se ofrecen; que se cierran, por el contrario; se replegan sobre su innato recogimiento para, sin vanos asuntos que las expliquen ni gestos que las rebajen haciéndolas exteriormente asequibles, dar intensa, vigorosamente, por todos los detalles de todas sus formas, vida a su idea.

Un gesto violento no expresa nunca mas que un aspecto de la violencia: detona y se pierde. La Virgen de Bourdelle, la más característica y más célebre ya de sus producciones de estos últimos años, sin gestos, casi sin actitud podría decir, con el solo impulso que la levanta toda en un ritmo único, evoca entera la fuerza poética de la maternidad de María y, por la ofrenda exaltada de los brazos extendidos del Niño, la fuerza dramática entera de la Cruz.

Y es que en una obra de Bourdelle la unidad es siempre lo primero, lo esencial. Así como en su espíritu todo obedece a un solo aspecto, hijo de una visión absoluta y total, así en sus realizaciones todo se coordina y se sostiene. Simplificar no es suprimir: es concretar toda la expresión en un punto determinado y llevar toda la obra hacia esa expresión. Bourdelle no esquiva nada, y cada parte de una de sus obras tiene la importancia máxima que le corresponde; mas, así como la *Ibera de Samos* es una en todas sus formas, que casi no existen, así esta Virgen, en sus formas definidas y netamente resueltas, es un solo e indivisible aspecto.

¿Estilización? Sí, y muy marcada, puesto que mira al arcaísmo maestro de todas las estilizaciones; pero, ante todo y sobre todo, estilización establecida y muy razonada en su libertad. Mirad este «Rodin» modelado por su discípulo: en él Bourdelle ha llevado la estilización a su grado máximo, y él nos dice cuán suyo es su sentido arcaico.



có. La barba es hermana de las que figuran en las efigies de los reyes asirios; el cuerpo piérdese magníficamente en el bloque; todo aquí hállase sujeto a una composición casi geométrica; todo es profundo y esencialmente arcaico, y sin embargo, vibra exteriormente, como no vibran los bajorrelieves de Khorsabad o de Tello. Y es que vibra por la emoción pro-

pia del artista, por su modernidad.

Puede Bourdelle interpretar el espíritu de su maestro, modelar las formas palpitantes de un cuerpo de mujer, realizar todo su ideal decorativo (pinturas y esculturas del teatro de los Campos Eliseos, París), hacer—y esto nos dice mejor que ningún comentario su recogida con penetración con su materia—hacer,

con emoción y libertad crecientes, siete interpretaciones sucesivas de Beethoven, o levantar un monumento transfigurando para su momento actual una figura de emoción secular: su obra aparece siempre, en su meditada inspiración antigua, enteramente, inconfundiblemente suya.

Las escuelas primitivas y Rodin han

sido las influencias que sacaron la obra de Bourdelle del bloque informe que la contenía; pero, por encima de ellas y antes que ellas, está su vida propia, la que él siente y logra hacer vibrar con la independencia que adquirió, precisamente, en la sinceridad de su arcaísmo y de su estilización.

Margarita NELKEN

# IMPRESIONES DE UN LECTOR

## Patrañas

J. Moreno Villa es un exquisito. La primera norma de su sentido de elegancia es la sobriedad. Tal es la nota distintiva de su último volumen, *Patrañas*. Empieza por una pantomima, que viene a ser—me dice el propio autor—un ensayo sobre el valor de la mímica. De aquí su fuerza singular de originalidad. Para mi gusto, los mejores de esos cuentos son los titulados *Un encuentro*, *Asesino*, *La bestia* y *La noche de los malos*. En todo el libro centellea un humorismo muy personal, una ironía amarga ante la brutalidad de la vida. Y es tan sutil su encanto, que se sustrae a la frívola percepción de los lectores vulgares.

## La tienda de los espejos

*La tienda de los espejos*, del escritor argentino Roberto Levillier, tampoco es un volumen con un sentido corriente de la amenidad. Es una galería de tipos, de fisonomías interiores; más propiamente caricaturas, dando a esta palabra la integridad original de su significación, que es la de *recargo* de las líneas típicas, distintivas, para revelar mejor, no las formas materiales, sino las psicológicas. Estamos, pues, ante una colección de caricaturas de almas. Y ya dije otra vez que, en cierto modo, todo arte es caricatura, puesto que desbroza la naturaleza, como el escultor cincela el mármol en que duerme desconocida la estatua preexistente. La Humanidad es también un bloque, y los individuos son las imágenes o figuras que surgen de él. Pero queda en cada uno de los hombres, ante la apariencia vulgar de la vida, una borraridad de líneas que las confunde con la materia de que han sido extraídas. La obra del artista consiste en acentuar los rasgos para hacerlos evidentes a todo el mundo; rebajar el perfil, ahondar en él, *recargarlo*, para que el tipo resalte sobre el fondo uniforme, genérico y humano.

En esa pinacoteca de Roberto Levillier se distingue, como característico de lo que voy diciendo, el trabajo titulado *Yo*. La profesión diplomática del autor le ha suministrado datos inequívocos.

Para pintar caracteres o fisonomías hay dos procedimientos opuestos: el analítico y el sinóptico. Por el primero, el autor describe aisladamente las partes de una fisonomía o los actos reveladores de un carácter; por el segundo, nos da en uno o pocos rasgos, materiales o espirituales, la intuición de todo el personaje. Estudiada así esa facultad creadora (o mejor, re-creadora) del poeta, se ve que sus aptitudes se confunden con las del actor. Todo el valor del *gesto*, de la mímica, radica en esa región ambigüamente limitrofe.

Hipólito Taine, en su admirable ensayo sobre Balzac, comparaba las facultades descriptivas de ese gran novelista con las de Shakespeare, y del parecido se desprendía un contraste parecido al que separa a los escritores analíticos de los sintéticos o intuitivos.

Veo en los cuentos de Levillier una clara procedencia británica. Su estirpe espiritual se encontraría en los humoristas ingleses del siglo XVIII, singularmente Sterne y Swift. La influencia de Swift en *Los Zimbrakakis* me parece bien visible. Un aspecto de la producción de Wells pertenece también a esa intencionalidad literaria, que tanto sirvió al proselitismo de los enciclopedistas.

Muchos de los personajes de Levillier encajarían también en la denominación, tan castiza, de tipos de *figurón*. No son propiamente mascarones, sino actores involuntarios que llevan adherida a su rostro una de las máscaras permanentes y genéricas del teatro humano, y calzan sus pies con invisibles zuecos.

Alguno de esos cuentos, como *La señora gobernadora*, peca por exceso de lo que llamaríamos *abstraccionismo*, porque en él la personificación de los conceptos sobrepasa los límites del antropomorfismo permitido a la fábula. El que yo prefiero es el último, titulado *Las viejas murallas*, que encierra una visión clara y profunda, de la degeneración evolutiva por la cual los ideales se petrifican en dogmas o murallas, que caen luego para que el nuevo ideal pase sobre sus ruinas.

## Brelan Marin

El ilustre novelista francés M. Eugène Montfort me envía una pequeña colección de cuentos, *Brelan Marin*. La

cualidad principal de ese escritor, ya lo saben mis lectores, es la gran destreza narrativa. Su nuevo librito tiene, además, un fuerte valor de fantasía. Empieza por un cuento de aparecidos, *Le revenant des Cappuccini*. El pintor realista de los bajos fondos de Marsella y de Nápoles en *La Belle-Enfant*, *Les cœurs malades* y *La Chanson de Naples*, ha conseguido hacer pasar a través de estas nuevas páginas el escalofrío de terror del más allá. Es una narración sugerida por la famosa cripta del convento de los Capuchinos de Palermo, formada por muros de esqueletos.

El segundo cuento del volumen, *La soirée perdue*, es de naturaleza bien diversa. Trátase de una impresión celestinesca o aretinesca recogida en la escena tabernaria de un *music-hall* de Barcelona. Aquella madre proxenética no es, por desgracia, un tipo escandalosamente nuevo ni único. Conozco casos parecidos, en medios muy alejados por cierto, de las corrupciones metropolitanas; el cinismo se alía muchas veces con la ingenuidad más primitiva, como sucede en la rudeza amorosa de los lugareños.

El último cuento, *Mon ami de Guernesey*, es el más gracioso: hábil en el mantenimiento del interés, en la ambigüedad bien sostenida del tipo central, en la insinuación agudamente irónica del desenlace, que flotaba ya en el ánimo del lector como un recelo.

## DE «LAS VACACIONES SENTIMENTALES»

### Versos póstumos

La inmensidad nocturna mi laxitud halaga;  
ya el corazón aquíeta su lacerado anhelo  
y, con barruntos nuevos, el pensamiento indaga,  
flotando en la infinita diversidad del cielo.

Noche azul de diciembre ¡qué egregios son tus dones!  
Ofreces al devoto de tus designios santos  
una tiara de gemas para las ambiciones  
y un manto de quimeras para los desencantos.

Los astros ejecutan sin punto de reposo:  
—motor incognoscible su actividad influye—  
ahora mismo, tocado de espasmo luminoso,  
el Cisne al cenit trepa, de Hércules temeroso,  
y el Dragón, acosado por las dos Osas, huye...

Irreprochable, Sirio inflama su ascua de oro...  
Andrómeda y Perseo se hacen signos constantes;  
y, frente a la lascivia transcendental del Toro,  
las Pléyades aventan su polvo de diamantes.

Y una ilusión tras otra nuestra vigilia empalma;  
a cada nueva fase reviven mis querellas,  
y vanse sucediendo por el redil del alma,  
como por la majada celeste, las estrellas.

Tomás MORALES

## Una reedición

Yo no voy a descubrir ahora el ferilísimo ingenio de Pedro de Répide, mi muy querido amigo. Pero no quiero pasar sin rendirle un saludo con motivo de la publicación del primer tomo de sus obras completas, titulado *La Enamorada indiscreta*, porque principia con esta sutilísima novela ejemplar, tan delicadamente castiza.

Una cosa es imitar a los clásicos y otra continuarlos. Soy adversario del casticismo, que me parece arte inferior y subordinado, habilidad de artífice. Pero Répide ha conseguido juntar la suma naturalidad con lo que llamaríamos tauturgia literaria o arte de resucitar la vida colectiva de antaño. Tiene, como Fausto, la facultad de hacerse contemporáneo de las épocas extinguidas; aspirar la fragancia de los tocadores en que se acicalaron las Dianas, Mencías y Leonardas; enamorarse, por la evocación de las lecturas, de las mujeres en quien tomó formas que no se reproducirán jamás la infinita posibilidad de la belleza. *La Enamorada indiscreta*, fiel a su estirpe cervantesca, es una habilísima combinación italo-hispánica. Es un joyel de Benvenuto en el pomo de acero toledano. La memoria de *Las dos Doncellas* divaga sobre esa fantasía. La siguiente composición del volumen, *Agua en cestillo*, pertenece a otro ciclo literario, también italo-español; el ciclo borbónico, que suscitó una transmigración de reyes y reinas entre Madrid y las cortes italianas, singularmente Nápoles. El diálogo tiene un gracioso resabio de los últimos tiempos del teatro clásico; es el enlace entre la cortesanía de los Austrias, tan elegante en ciertas comedias de Moreto, y la espiritualidad que venía con los vientecllos de Versalles y el frescor de las villas romanas...

He aquí, en esta otra linda novela (propia *novela*), un título consagrado, *No hay fuerza contra el amor*. Eterna moraleja, que pasó del clasicismo calderoniano (*No hay burlas con el amor*) al teatro romántico de Musset (*On ne badine pas avec l'amour*). La obra de Répide es la gentil contraposición de un amor opulento, pero senil, con un amor juvenil, aunque rufianesco. Eterna antinomia, como la de Cañizares y Loaysa en *El Celoso Extremeno*. Hay una lontananza tentadora de aventuras que se abre más allá de los diálogos pasionales: Felisardo adquiere proporciones simbólicas; rey de la gallofa, plasmación de toda una chusma de *bravi*, era, en el fondo, la parodia plebeya de los grandes aventureros que labraban el esplendor y la fuerza de España.

La entreveración de las agudezas rimadas, como melodías de viejo latín, al azar del relato, completan la autenticidad de esas resurrecciones. El autor, que tan diestramente nos conduce por las calles de Madrid en la guía alfabética que está escribiendo, ha puesto en esas fantasías clásicas la mejor guía espiritual para revelarnos y transmitirnos la oculta virtud talismánica del viejo tesoro de los abuelos.

Gabriel ALOMAR







# TAPICES DE LA GRANJA

## Diana cazadora

Isabel de Farnesio, la reina cazadora,  
ha cruzado la Granja en un potro andaluz...  
La mañana está fresca y el joyel de la aurora  
viesparra en la Sierra sus collares de luz...

El parque se despierta. Sonó la algarabía  
que mueven los monteros al toque matinal,  
y se han estremecido los corzos en la umbría  
oyendo, hacia palacio, las trompas de metal...

Se espantan los cervatos. Diana los asusta,  
La reina venatoria del potro y de la fusta,  
lo mismo que la diosa, es todo castidad...

Por eso, al ver sangrante la piel de los rebecos,  
mordiéndose los labios ardientes y resecos,  
se abrasa en el deseo la casta majestad...

## El despertar del rey

El Rey Felipe Quinto—perezá y elegancia—  
vence, al fin, la molición sensual de su lecho  
Se levanta; atraviesa la mollez de la estancia  
y, abriendo las vidrieras, se inclina al antepecho...

Lo mismo que un tablero de ajedrez, a su vista  
se extiende el parque. El sol le ciega en mil reflejos...  
En el parterre brillan, recortando su arista,  
dados y rombos de boj, lauros y tejos...

Parece que en las fuentes se bañan las figuras  
para purificarse de las noches impuras  
que, en sus bronce, denuncian los líquenes extraños.

El Rey, que lo ha observado, sonríe levemente,  
y mirando, extasiado, las diosas de la fuente,  
evoca los ardores de sus más verdes años...

## El cedro y el romboedro

Este cedro,  
verde al sol, de noche añil,  
es un titánico alfil  
al lado de un romboedro.  
Y este cubo recortado  
de un gran tejo en la verdura,  
es un dado  
de proporcionada altura...  
¡Fichas de apuestas gigantes  
y frecuentes,  
con que, en la noche, se juegan  
una ninfa los Atlantes  
que trasiegan  
toda el agua de las fuentes!

Luis FERNANDEZ ARDAVIN





# LA GALLINA MARAVILLOSA

**E**RASE un buen hombre viudo y con un hijo llamado Buenaventura, que volvió a casar, con una mujer ambiciosa, embustera, mala e insoportable. De este segundo matrimonio tuvieron otro hijo, que si no llegó a ser tan malo como la madre, es porque era medio tonto.

Un día el buen hombre, al volver de su trabajo, se encontró con un pobre viejo que vendía una gallina y le suplicó que se la comprase. Maldita la falta que le hacía a nuestro hombre una gallina, cuando apenas tenía para pan. Pero era tan bueno, que se apiadó del viejo, le dio las perras que acababa de cobrar por su trabajo y se quedó con la gallina.

¡Buena la armó su mujer cuando vio aquella adquisición! Se hartó de llamarle majadero y derrochador; pero él la calmó diciéndole:

—No te apures, mujer, que esta gallina nos dará huevos hermosos, y cuando nos cansemos de comer huevos como los ricos, nos la comeremos con tomate.

Y la mujer, que era tan golosa como tacaña y antipática, dejó de refunfuñar.

Al día siguiente, la gallina puso su primer huevo; pero, ¡oh maravilla!, aquel huevo era un diamante enorme, descomunal. Después del primer momento de asombro, el buen hombre corrió a la ciudad para cerciorarse de que la gallina no les había engañado, regalándoles un brillante falso. ¡Cuál no sería su alegría cuando un joyero le compró el huevo por una respetable cantidad de miles de pesetas?

Al otro día, la gallina puso una esmeralda, al otro un rubí, luego una perla. Total, que a los tres meses toda la familia había abandonado su miserable choza; vivía en casa propia, era servida por más de veinte criados, tenía carroza y caballos y comía pollo y ostras en cada comida. Sin contar con que la dama, que era tan coqueta como tacaña, antipática y golosa, vestía trajes de raso y salía cubierta de alhajas de pies a cabeza.

Así vivieron varios años en la opulencia, pues la gallina no cesaba de poner sus huevos de pedrería. Un día el buen hombre, que tenía en el mar varios buques mercantes cargados de ricas mercancías, tuvo precisión de irse a la India para un negocio, y partió, después de recomendar a su mujer que cuidase de la gallina como de las niñas de sus ojos.

Pero cuando al día siguiente la mujer fué, según su costumbre, por el huevo, vio que la gallina tenía debajo del ala una inscripción que decía:

«El que coma mi cabeza será rey, y quien coma mi corazón arrojará incesantemente oro por la boca.»

En seguida aquella malvada concibió el proyecto de dar a comer la cabeza de la gallina a su hijo y de comerse ella el

corazón, para tener así una fuente inagotable de oro y poder ser reina regente.

Y dicho y hecho. Dió orden al cocinero de que matase la preciosa ave y se la sirviese en la cena. Pero a todo esto, Buenaventura, que había salido a dar un paseo a caballo, volvió hambriento, y viendo un apetitoso plato de gallina aderezado con tomate, se lo comió, sin dejar mas que los huesos, que regaló a su perro.

Cuando la madrastra se enteró de esto, se puso hecha una furia; el joven quiso disculparse, y al abrir la boca arrojó un puñado de oro, lo cual llevó a su colmo la rabia de la madrastra. Empeñada en recuperar a toda costa la cabeza y el corazón de la gallina, dió orden al cocinero de que se llevase al

joven a un bosque y le abriese el vientre.

El cocinero no tenía más remedio que obedecer; pero el pobre Buenaventura aprovechó el camino para llamarse los bolsillos con oro, y al llegar al bosque se lo ofreció todo al cocinero para que le dejase la vida; el otro no dudó entonces en matar una gallina cualquiera, y sirvió su corazón y su cabeza a la mujer y a su hijo, que se lo comieron, siguiendo, naturalmente, como estaban.

Entretanto el joven se alejaba por el bosque y a los pocos pasos se encontró con dos hombres que se peleaban, insultándose y golpeándose con saña.

—¿Qué hacéis?—les preguntó.

—Nos ocurre—contestaron los dos hablando a la vez—que hemos encontrado tres cosas y no sabemos cómo repartirnoslas.

—¿Cuáles son esas tres cosas?

—Una alfombra, que le lleva a uno por

los aires adonde quiera ir; una varita, que tiene el poder de cambiar en yeguas a las mujeres, y un barril del que puede salir, a voluntad de su poseedor, un ejército completo.

Buenaventura comprendió que no habían encontrado estas maravillas, sino que las habían robado, y por aquello de que «el que roba a un ladrón...» se le ocurrió una idea:

—En lugar de pelearos en tonto—dijo—, hariais mejor en medir vuestros méritos; echad a correr, y el que antes llegue a aquel árbol que allí veis, se quedará con todo.

Los dos discutiendo encontraron excelente la idea.

—Dejad los objetos aquí—añadió Buenaventura—; así correréis más ligeros. Apenas los ladrones volvieron las es-

todas las partes del mundo habían llegado príncipes aspirantes a su mano, con grandes sacos de oro, que arrojaban en la torre de marfil. Pero ésta era tan alta y ancha, que ninguno conseguía llevarla mas que hasta la mitad, y cada cual, desesperado, volvía a cargar con sus sacos de oro y regresaba a su país.

Buenaventura solicitó entrar en el concurso; sobre su alfombra se elevó por encima de la torre, y allí empezó a arrojar oro por la boca en tal abundancia, que a los pocos momentos la torre estaba llena y aun desbordaron algunas monedas, que cayeron entre el público congregado para admirar tal prodigio.

El rey, encantado al verse dueño de un tesoro fabuloso que había de restaurar la hacienda de su país, se apresuró a conceder al vencedor del concurso la mano de la princesa Hermenegilda.

Pero, ¡ay!, la princesa era tan activa y orgullosa como bella; al ver que su futuro esposo no era un príncipe, sino un desconocido, movió la cabeza de derecha a izquierda sin decir una palabra,

lo cual quería decir bien a las claras que se negaba rotundamente a casarse con él.

Buenaventura no perdió tiempo en explicaciones ni en zalemas. Tocó a la princesa con su varita, convirtiéndola así en una soberbia yegua blanca; entonces saltó encima, picó espuelas y desapareció en una nube de polvo ante toda la corte y el pueblo y ante el mismo rey, que se hubiera tirado de los pelos si no le hubiese quedado el consuelo del tesoro encerrado en la torre de marfil.

La princesa y Buenaventura llegaron a un hermoso país, que se hallaba entonces sumido en la más profunda aflicción. Ocurría que el rey acababa de morir, y un monarca extranjero, poderoso y cruel, aprovechando la ocasión, había invadido el país con su ejército, matando a los herederos del rey muerto y apoderándose del trono y la corona.

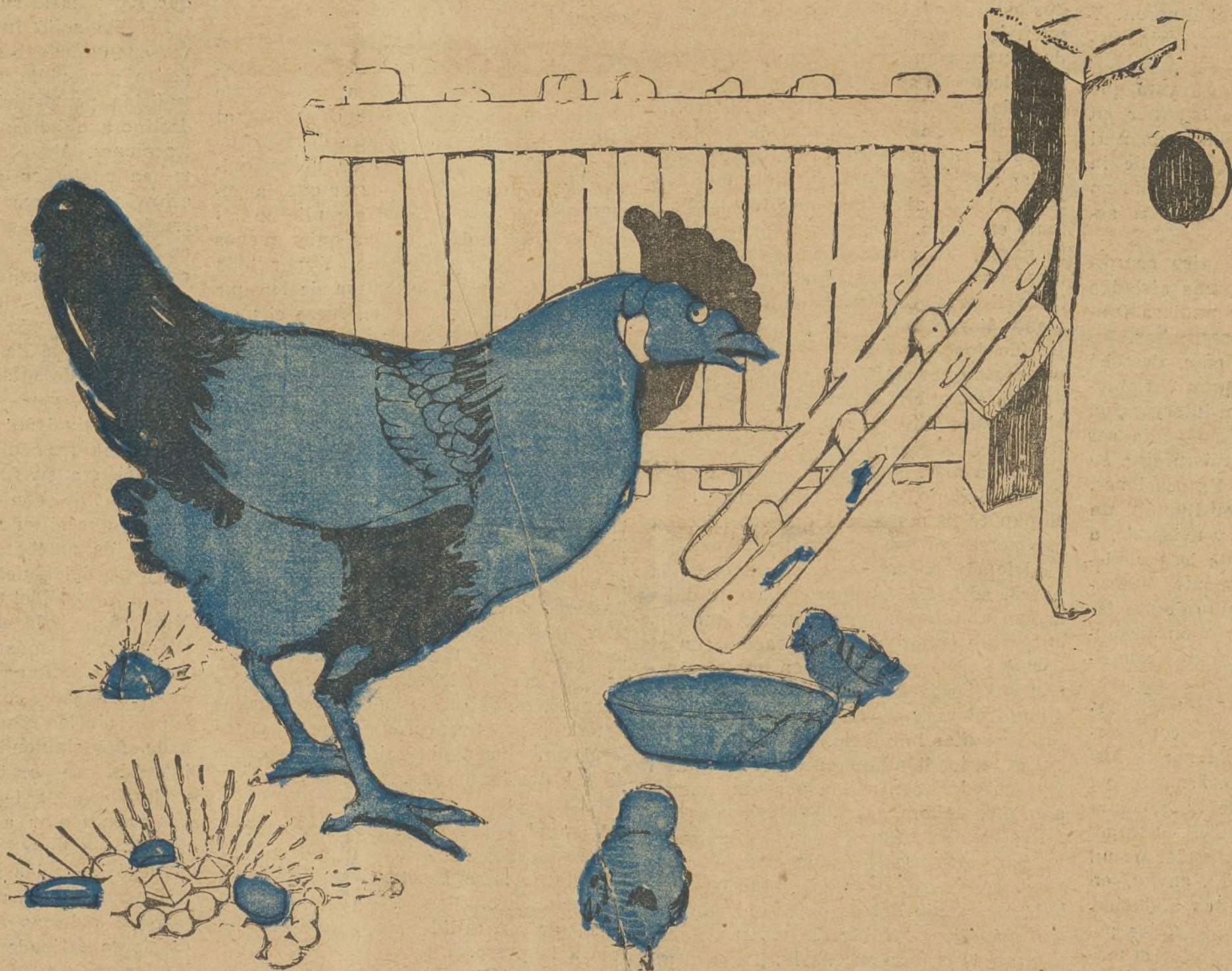
Al enterarse de estos infaustos acontecimientos, el joven se apresuró a abrir el barril, del que salió un ejército, admirable por la cantidad de soldados, la riqueza de sus trajes y armamentos y la perfección de su disciplina.

En menos tiempo del que necesitó para contarlos, el ejército del barril, al mando del valeroso Buenaventura, aniquiló y arrojó del país a los invasores, y el pueblo, agradecido a su salvador, le aclamó rey por unanimidad, con el nombre de Buenaventura I.

Al tomar posesión del trono, el joven tocó con la varita mágica a la yegua, que volvió a ser la princesa Hermenegilda, y le dijo:

—Eres princesa tronada, y yo soy rey rico y poderoso. ¿Me quieres ahora por esposo?

La princesa se apresuró a aceptar, no





por interés, sino porque se había enamorado de su vencedor.

Lo primero que hizo el nuevo monarca fué mandar a buscar a su padre. Al pobre hombre, que al regresar de las Indias había estado a punto de volverse loco de pena al encontrarse con la desaparición de su hijo y de su gallina, le faltó poco para volverse loco de alegría al encontrarse con que el hijo que él creía muerto estaba vivo y era rey.

El joven le refirió todas las maldades de la madrastra; luego la mandó llamar y, tocándola con su varita, la convirtió, no en hermosa yegua, sino en horrible

penco, y la soltó por el campo. No se la ha vuelto a ver más.

En cuanto al hijo medio tonto, se le dió una plaza de pinche en las cocinas del palacio, que al fin y al cabo era para lo único que valía.

Y ya, con la satisfacción de haber enriquecido a su suegro, domado a su esposa y castigado a su malvada madrastra, S. M. Buenaventura I vivió y reinó largos años en compañía de su padre y de una descendencia innumerable.

#### EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

## EL LADRÓN EN CASA

- CUENTO -

Era, con aquélla, la tercera vez que Brígido creía notar la falta de algunas piezas de pan de la anaquelera del despacho. Desasosegado, nervioso, comenzó a repasar sus cuentas mentalmente. Revisó el montón de pan de los tableros; inspeccionó las grandes cestas, ya casi vacías, de debajo del mostrador; hizo un cálculo a la vista del dinero... Y llegó a la conclusión de que, evidentemente, alguien le robaba.

Más que por el escaso quebranto que las sustracciones pudieran suponer en sus ganancias, importábasele descubrir al ladrón para ponerse a cubierto de la emboscada, de la tortura que suponía no poder obtener venganza de la mala acción.

Más tranquilo después, quiso coordinar, punto por punto, algunas aisladas circunstancias por las que pudiera fundamentar en alguien sus sospechas.

Tras de meditar largamente, desechó el menor asomo de culpa para los obreros, que apenas si tenían intervención en el despacho. Pero, ¿cómo podía ser de otro modo? Allí no entraban sino su mujer, su hijo y él mismo. En ocasiones, también, su padre, el señor Román, un viejecito setentón, menudo y avispado, a quien debía la propiedad de la panadería. Mas ¿podría humanamente, honradamente, sospechar de alguno de sus familiares? Y hubo de desecher en absoluto toda hipótesis que los mancillara si quiera en su pensamiento.

Pero después, como algo fatal e indeseable que se agarra al alma con fuerza torturante, dejóse inclinar por la sospecha hacia su propio hijo. Jesusillo ya había cumplido los catorce años, tenía amigos irreflexivos de su mismo tiempo, comenzaba a sentir la inquietudes de un pajarillo volandero, y estaba, en fin, en la propicia edad de todas las audacias. Jesusillo, acaso, no contento con las pesetillas de asignación semanal que la madre había ido fijando, se había dejado arrastrar por la más insensata de las villanías.

Brígido, dentro de su rusticidad de trabajador, dentro de su tosca envoltura de obrero, era lo bastante sensato y cachazudo para no entregarse a impulsos momentáneos. Y era, naturalmente, enemigo de disgustos, de violencias, de todo lo que no fuese el método, el cauce normal de las cosas, por lo que se guardaría de decir nada a nadie, y aun menos a su mujer. Porque su mujer, la Blasa, con ese egoísmo maternal que todo lo justifica, le abrumaría a airadas censuras por sus sospechas hacia el hijo; y con su celo de ama de casa, alzaría un escándalo al enterarse de lo ocurrido y sería capaz de señalar como culpable a cualquiera, dando ocasión al más grave de los compromisos. Debía, pues, callar. Obraría con cautela para no espantar torpemen-

te al facineroso, poniéndole en guardia para lo sucesivo.

Y con la más ahincada tenacidad se propuso, desde aquel momento, sorprender al culpable.

La tahona de Brígido se hallaba enclavada en una casa que hacía esquina a dos calles de los populosos barrios bajos madrileños. A una, abría el despacho sus dos puertas amplias, iguales, de cierres metálicos, con su largo rótulo de madera, pintado de colores llamativos. Dentro, el mostrador, de gran piedra de mármol, sobre cuya limpia blancura mostrábanse los residuos dorados de la tostada corteza del pan, al saltar, como se abre un fruto en sazón. Y detrás, sustentados en la pared, los amplios tableros de pino, como enormes bandejas, cubiertas de nítidos lienzos, ofreciendo el bendito alimento tierno, albo y primitivo, el manjar de los manjares; ese sustento que comparten por igual el humilde y el poderoso, aunque no todos lo ganen, según el mandato bíblico, con el sudor de su frente.

Y nada más. Nada más ornaba la tienda de Brígido, ni era necesario. Quizá el pan es la mercancía que no necesita exponerse en escaparates tentadores.

Al fondo, encuadrando el centro de la pared, se abría la puertecilla que daba acceso al interior, desde donde, un largo pasillo ponía en comunicación con el obrador tibio y caldeado en que mostraban sus bocas flameantes los hornos de aliento oloroso y caliente. La vivienda, unas cuantas habitaciones amplias y oscuras, extendiéndose entre el despacho y el obrador, con salida por una puerta a la otra calle.

Brígido se había acuciado últimamente a ir estrechando en un círculo, cada vez más artero, a su hijo. Encomendábase el trabajo del despacho, haciéndole permanecer en él largas horas; dejaba, al azar, dinero en su cuarto; ponía al alcance de su tentación cuantas trampas se le ocurrían. Pero Jesusillo, hábil o inocente, no caía en ninguna.

Llegó un momento de desaliento, de pasividad, en el ánimo de Brígido. Siguió después vigilando con menos tenacidad; llegó casi a no preocuparse, más tarde, al creer que las sustracciones habían terminado, sin mayores males, o que al vez nunca existieron sino en su obsesión. Sus requisas, sus comprobaciones, daban resultados negativos.

Y así, cuando todo parecía olvidado, ocurrió que las faltas volvieron a sucederse con frecuencia. Excitóse otra vez con más turbulencia el temperamento manso de Brígido, y tornaron de nuevo las inquietudes y zozobras. Contaba el pan, contaba el dinero y comprobaba una y otra infracción. ¿Qué era aquello?

En el tormento agobiador de las horas, de las largas vigiliias, solo con sus pen-

samientos, parecía un sonámbulo, ajeno a todo lo que le rodeaba. Su mujer, la Blasa, solía preguntarle:

—¿Qué te pasa?

Su hijo, Jesusillo, también, viéndolo receloso, ir y venir ensimismado y aparecer de súbito en el despacho, con la sagacidad de un espía, inquiría a su vez, sobresaltado:

—¿Pero, padre!..., ¿qué le ocurre a usted?

—¡Nada! ¡No me ocurre nada!

Y con la mano derecha en suspenso y abierta, en actitud de garra, como pareciendo querer saltar al cuello de su hijo, Brígido se paraba en firme, respirando anhelosamente, tal que si la ira mal contenida se escapase en jadeos de su pecho. Porque cada vez la idea de que el mozaibete era el ladrón se asentaba con más firmeza en sus convicciones, aunque le estaba resultando difícil el descubrimiento.

Había, sin remedio, que cavilar alguna decisiva estratagema que no tenía concretada aún: vigilar sin tregua desde la ventanita que comunicaba el despacho con el comedor; abrir un disimulado orificio en el tabique de la alcoba, estableciendo un directo punto de mira con la tienda...; complicar el cajón del dinero con los resortes de un timbre... Algo así...

Pero una inexplicable irresolución ponía trabas a la ejecución de sus tortuosas imaginaciones. Y era que sentía verdaderamente temor de descubrir al ladrón, ante la fatal prueba de que fuese su hijo, tal vez su mujer, quizá, quizá... Y se detenía, sin querer que la posibilidad de sus sospechas pudieran alcanzar a su padre, que era quien menos intervenía en el despacho. Y por todo ello, y por si otro cualquiera de los que tenían entrada en la casa, fuese el malvado, experimentaba cierto miedo natural de sorprenderle, de entablar con él la inevitable lucha cuerpo a cuerpo, de sentirse acosado, tal vez herido; de verse envuelto en los terribles tentáculos de un proceso; de la comparecencia ante el juez; de poder o no probar la verdad; de que el tumulto callejero, ávido de curiosidad, asaltara su casa... Y así, su imaginación de burgués levantaba en el aire los más absurdos castillos, bajo cuyos escombros temía caer sepultado. Su fibra de hombre práctico, rectilíneo, se avenía mal con la molesta visión que su cobardo cerebro le representaba con los mismos contornos de aquellas películas de crímenes y aventuras absurdas, vistas desde un rincón del «cine», en algunas de sus domingueras tardes de asueto.

Y sucedió que Brígido se vió poseído de la sola idea de dar con el ladrón, aun a costa de todos sus temores y de todos sus convencionalismos. Acechaba ahora su hogar con ardides de viejo zorro que vela a la presa.

Un día, al fin, al volver de la calle y al ir a entrar de súbito en el despacho, ahogó una exclamación en su pecho. Después de un estremecimiento convulsivo, quedó paralizado como por un rayo, y congestionado como si un horrendo trallazo le cruzara el rostro.

Transcurrió un minuto, quizá dos, sin que acertara a atravesar el umbral de la tienda. En ella, tras el mostrador, había el abuelo, el señor Román.

Brígido no tuvo duda. Acababa de ver a su padre, a su propio padre, con aquellos pecadores ojos suyos, guardar precipitadamente unas cuantas piezas de pan bajo la capa. Hubiera querido, en tal instante, dar la mitad de su vida por no verlo. Sintió deseos de ahofetearse rabiosamente por las suspicacias que le habían sumido en el resultado de saber ladrón al viejo adorado.

Se detuvo todavía para dar tiempo al

abuelo. No quería avergonzarse, mostrándose sabedor de su acción. Cuando pudo tragar saliva, entró aparentando la mayor naturalidad. El anciano, a pesar de su torpeza, no tuvo la menor sospecha de que su hijo supiera que él, bajo la capa, en los amplios bolsillos y contra el brazo derecho, apretujaba el cuerpo del delito.

Brígido hubo de pronunciar su saludo con el tono habitual:

—¡Hola, abuelo!

—¡Hola!

—¿Está usted aquí?

—¡Ya lo ves!

—¿Y Jesusillo?

—¡Viene en seguida! Le mandé traerme un pañuelo.

Ahora comprendía. Cualquier mandato así había sido siempre el pretexto para quedarse solo. El chico volvía en aquel punto con el encargo. Brígido dió pie al padre para libertarle de su difícil situación ante su propio hijo.

—¡Márchese usted si quiere! ¡Yo me quedo aquí!

—¡Sí; voy a tomar el sol!

Y salió despacio y tranquilo, con su hurtada carga, sin un temblor en la voz, sin que ninguna emoción le embargara, fácil al disimulo como si nada tuviera que reprocharle su conciencia.

Brígido salió inmediatamente tras el viejo. Quería saber. La conducta de su padre presentábasele como un enigma, y debía perseguirlo hasta averiguar el destino que daba al producto de sus sustracciones. Vendería el pan malamente, en cualquier parte, y gastaría los ochavos en juego o en vino. ¿Qué aberración secreta dominaba al anciano en las postrimerias de su vida? Era incomprendible aquel proceder, cuando nada le faltaba. Sin duda, algunos pillos venían engañando al buen hombre, aprovechados de la flaqueza de sus años, de la chochez de su senectud, para inducirle al juego, y por el juego, a que fuese ladrón... ¡Ladrón! Le pareció sentir el eco de la tremenda palabra como una acusación a su filial cariño, y rectificó mentalmente con el mismo arrepentimiento que si su mano, en un mal momento de arrebatado, hubiese mancillado el rostro del abuelo con una bofetada.

¡No! ¡Imposible! Otra cosa debía de ser. Y así, de cábala en cábala, barajaba en su majín las más contradictorias ideas.

Bajo la mañana soleada y pacífica de otoño, Brígido, como un hechizado, sin ver ni oír las cosas y las gentes de la calle, fué siguiendo al viejo. Le vió internándose por las callejas del barrio, andando vacilante, parándose de vez en vez para tomar alientos, tras un golpe de tos.

Llegó hasta las rondas. Más abajo, en el descampado que hay luego del bullicio de esas arterias del bajo Madrid, allá donde se extienden las covachas de las hordas maleantes y siniestras, detúvose el viejo andarín.

A Brígido no le cupo duda ya. En aquel suburbio tienen asiento toda maldad y todo vicio, y su padre acudía arrastrado por la querencia del juego.

Pero, a poco, el hijo, desde su observatorio, vió algo sorprendente. No supo entonces qué pasó por él. Vió que, al rellanillo donde hizo alto el anciano, acudía corriendo un grupo de muchachos harapientos y sucios, que palmoteaban entre gritos:

—¡A mí, señor Román; a mí, a mí!

El señor Román trataba de contentarlos.

—¡Quietes, quietos!... ¡Vamos a ver!

—¡Yo, yo! ¡Que el otro día no me dió usted!

El abuelito había extendido en el suelo las piezas de pan que extrajo de sus bolsillos, y las iba dividiendo en trozos



con una navajilla, en tanto que las defendía a duras penas de la voracidad impaciente de los pedigüños.

Algunas mujeres, cargadas con famélicos crios, nutrian el grupo, alzando los brazos en demanda de su parte.

—¡Para mi niño, abuelo; deme un pedazo!

—¡No me deje sin nada, señor Román! Y el señor Román, sonriente y beatífico como un apóstol, en tanto que iba dando su limosna, repetía:

—¡Quietos, quietos! ¡Vaya! Traigo para todos.

Hasta que finó el reparto, entre frases de gratitud de los favorecidos. Después, el grupo se fué desparramando, poco a poco, jubilo y locuaz, mordiendo cada cual el blanco y tierno trozo de la santa y clásica dádiva.

El señor Román, mil veces bendecido por las bocas infantiles, volvió satisfecho sobre sus pasos.

Brígido, su hijo, el hijo que por la fatal fuerza de las apariencias le había anatematizado de ladrón, sintióse anegado en lágrimas. Y le bendijo también desde el fondo de su corazón al verle venir lento, despacio, mostrando una beatífica sonrisa, y hasta le pareció que el sol ponía un halo sobrenatural sobre aquella cabeza, como el que circunda de luz las de los santos vistos en las ingenuas estampas de los viejos devocionarios.

Y, en contrición, furiosamente se golpeó el pecho...

J. DE LUCAS ACEVEDO

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

## EDITORIAL MUNDO LATINO

Esta Editorial cuenta como sus dos últimas publicaciones—que uno de estos días salen a la venta—dos obras, verdaderas y recias novelas, que han de obtener un éxito resonante. Una es

LA RAÍZ FLOTANTE,

del celebrado escritor José Francés, cuyas facultades creadoras se muestran en esta su última producción con toda su plenitud. La otra es del cada día más sugestivo novelista López de Sád, y se rotula

GAVIOTAS Y GOLONDRINAS

Precio: 5 pesetas.

Sociedad General Española de Librería, Librerías, Estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28. Envío contra reembolso.

# "Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

## PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA  
VINOS Y CEREALES

## Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269  
Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas  
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU  
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU  
Presbítero

## CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

## LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12  
TELÉFONO M 17-85

## OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.  
SAN BERNARDO, 1.

## NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714  
PRECIOS ECONOMICOS VERDAD  
GRANDES EXISTENCIAS

## CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

## Pedid Coñac Lion d'or

## MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281



## Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

### ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca  
Se desmonta en todas sus partes.  
Todas sus piezas son intercambiables.

### DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central: A. B. G. Etablissements MOLLA  
Nueva de la Trinidad, 11 MADRID  
FABRICA: 5, rue Jean Daudin PARIS  
Distribuidores para España: Serrero y Revah  
99, Paseo de Gracia BARCELONA

## NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

MANUEL LÓPEZ  
FABRICANTE DE MUEBLES  
SERRANO, 17 AYALA, 60

## ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.  
La Casa más surtida en colores  
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)  
Sucesores de Díaz Herrera  
HORTALEZA, 17

## ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie  
Les Petits Suisse  
Fernando VI, 17



## GRAN SALDO DE PIELES

confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.

HORTALEZA, 82  
LA ESTRELLA

## LÁMPARA NITRA A. E. G.



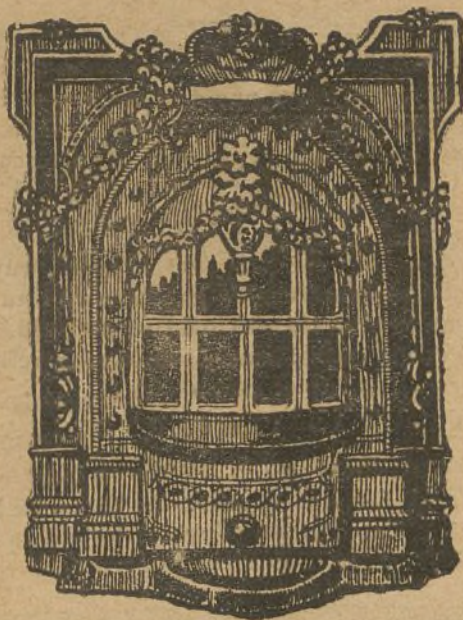
Consumo 1/2 vatio.

Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.  
Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.  
MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.  
Plaza de las Cortes, 2.

Quiosco de EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo





**Estufas de todas clases y en todos los tamaños**

**AMERICANAS Y FRANCESAS**

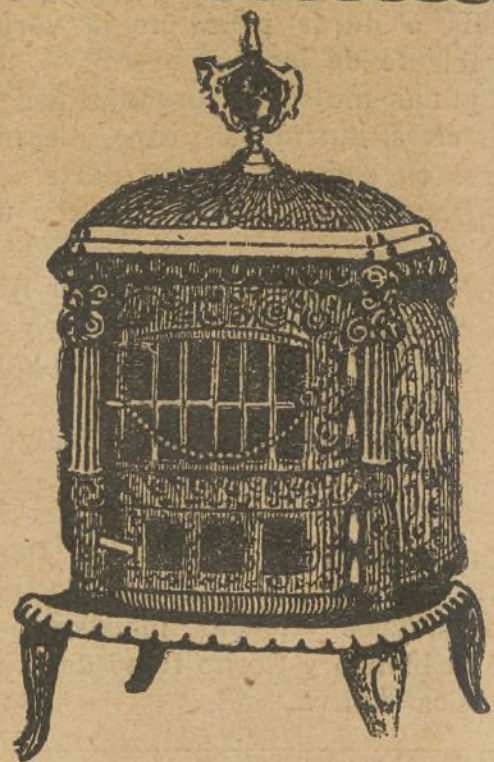
Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas: únicas sin tifo

**PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA**

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

**VALLES, FUMISTA**

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986



**PÍDASE EL CATALOGO ILUSTRADO**

## CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

**UNGÜENTO MÁGICO**

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## CARLOS COPPEL



**FABRICA DE RELOJES**

FUENCARRAL 27 MADRID

Único depósito de los relojes de precisión.MZA.

Exposición permanente de relojes de pared y sobremesa.

**CERTIFICADO DE GARANTIA**  
**CON CADA RELOJ**

## Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuan-

tas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

**BÓVEDA (LUGO)**